

LA REVOLUCION TEORICA DEL PRINCIPE DE MAQUIAVELO

Summary: *The article focuses on the contents of The Prince of Machiavelli, regarding their historical insertion and militant scope, as an expression of political realism which comprises not only the means but also the ends. In that moment, italian unity, in effect, appeared as the historically most progressive solution, purposefully requiring absolute autonomy of politics for its realization. Critically disengaged from the historical circumstances which allow it, this assertion of autonomy constitutes the theoretical and polemical legacy of Machiavelli.*

Resumen: *El artículo enfoca los contenidos del Príncipe de Maquiavelo en su inserción histórica y dimensión militante, como expresión de un realismo político que abarca no sólo los medios, sino también los fines. La unidad italiana se perfilaba, efectivamente, en ese momento como la solución históricamente más progresista, para cuya realización se requería la más absoluta autonomía de la política. Ya críticamente desligada de las circunstancias históricas que la permiten, esa afirmación de autonomía constituye el polémico legado teórico de Maquiavelo.*

Para aproximarse a una lectura histórico-política del *Príncipe* hay que integrarle su capítulo final, tradicionalmente marginado por la crítica. Ahí se expresa, lúcida y militante, la convicción de Maquiavelo de que Italia podía y debía unificarse bajo un Estado centralizado, capaz de competir política y militarmente con las grandes monarquías de la Europa moderna.

En 1513, año de elaboración del *Príncipe*, la espléndida Italia del Renacimiento se hallaba con-

vertida en campo de batalla entre las mayores potencias continentales que venían, así, a destruir la precaria política de equilibrio que había permitido hasta entonces la independencia de los diferentes Estados. Ligada a un anacrónico ordenamiento regional, que frenaba el ulterior desarrollo de sus fuerzas sociales más progresistas, Italia revelaba una insuperable fragilidad estructural frente a la cohesión política y militar de las monarquías nacionales del siglo XVI.

Es en este contexto que el capítulo final del *Príncipe* viene a cuestionar abiertamente el carácter aventurero y provinciano del poder en Italia, la estrechez de sus perspectivas políticas e históricas. De ahí el llamado al príncipe, organizador e instrumento de un proceso de unificación que, desde una óptica realista, no podía dejar de presentar connotaciones absolutistas y monárquicas.

Tantas veces artificialmente contrapuesto o yuxtapuesto al resto de la obra, cual fuese un arrebatado sentimental que redime a Maquiavelo de su "maquiavelismo", el capítulo final del *Príncipe* expresa, por el contrario, una opción y un compromiso, cuya vehemencia, propia de todo agitador y formador de voluntades políticas se articula con una extremada lucidez acerca de las tendencias históricas en acto.

Ello se evidencia desde el encabezado del capítulo XXVI que no propone, como suele sugerirse, una abstracta invitación a la liberación del extranjero, sino, mucho más precisamente, una "exhortatio ad *capessendam* Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam" (1), donde la toma militar y política del país adquiere el carácter de un claro objetivo estratégico, plenamente adecuado a la "calidad de los tiempos".

Contra la tesis desgastada que identifica el realismo del *Príncipe* con una mera adecuación de los medios al fin, sostenemos aquí, por tanto y en primera instancia, un realismo de los fines o, expresado más concretamente, del proyecto nacional, con el que Maquiavelo responde a la catastrófica situación italiana y al reto que ofrece en su tiempo la emergencia del nuevo orden nacional europeo, irreversiblemente ligado al sucesivo desarrollo capitalista continental.

Objetar ese realismo a partir de la secular postergación de la unidad italiana no parece, por otra parte, adecuado. Los complejos factores internos y externos, objetivos y subjetivos, que imposibilitaron entonces la realización nacional muestran retrospectivamente el prevalecer de unas tendencias sobre otras, mas no cuestionan el que la unidad italiana representara tanto una posibilidad histórica como una apremiante necesidad política.

El realismo de un teórico, como escribió Antonio Gramsci a propósito de Maquiavelo, no está ligado al éxito inmediato de sus planteamientos, sino a la capacidad de “mostrar cómo deberían actuar las fuerzas históricas para ser eficientes” (2). Eso logra el *Príncipe* con clara intención militante, pero también con la más desprejuiciada capacidad analítica y el rigor metódico que le exige el objetivo de la eficiencia. La habilidad de Maquiavelo para caracterizar las fuerzas históricas y tomar posición ante ellas es, al mismo tiempo, esfuerzo consciente por dirigir las de manera eficaz.

Con ello, el tan celebrado realismo de los medios propuestos en el *Príncipe* aparece en una nueva luz, como parte integrante de un realismo específicamente político, es decir de una postura virtualmente susceptible de inserción orgánica y eficaz en las tendencias de su tiempo, ya no como ahistórica pretensión de fijar de una vez por todas los rasgos inmutables de una mecánica del poder.

“Siendo mi intento escribir cosa útil a quien la entiende —leemos en el capítulo XV del *Príncipe*— me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su imaginación” (3). Esa verdad ha sido arbitrariamente cosificada y eternizada por los críticos de Maquiavelo. Mas, en la orientación práctica de sus palabras, se revela más bien como verdad histórica, ligada a una coyuntura que indudablemente exigía para Italia un proceso unificador “desde arriba”, claramente orientado a la conquista del poder absoluto.

Los medios de Maquiavelo recomienda para lograrlos son los disponibles y los históricamente adecuados. Ciertamente el “maquiavelismo”, como ac-

titud y necesidad política, no ha sido superado, mas sus formas varían al variar los marcos históricos y de poder en que se inscriben.

En este sentido, la extraordinaria crudeza de los consejos del *Príncipe*, su amoralidad tan descubierta que casi resulta ingenua para la sensibilidad actual llevan el sello de una época que no admitía extemporáneas ilusiones populistas. Sobre estos rasgos, sin duda desconcertantes, se ha construido el carácter legendario de Maquiavelo, personaje diabólico o infinitamente lúcido, mas esencialmente ellos responden a prácticas y exigencias históricas específicas.

En el contexto del incipiente absolutismo europeo y del atraso político y estructural italiano, las acciones dirigidas a la realización del proyecto nacional no podrían dejar, de hecho, de ser despóticas y autónomas frente a cualquier exigencia de corte extra-político, dispuestas a la instrumentalización deliberada de todo valor ético, religioso y humanitario —hecho corriente en la Italia de entonces— que el *Príncipe* pretende tan sólo convertir en derecho de una “razón de Estado” históricamente superior.

Mas, el carácter despótico y monárquico del proceso unificador no distrae a Maquiavelo de la conciencia de la necesidad del respaldo popular, evidente no sólo en la propuesta de crear un ejército nacional, sino también en la búsqueda constante de los medios aptos para conquistar y mantener el apoyo de los pueblos.

Es desde esta última perspectiva que Gramsci interviene en la antigua discusión acerca de si Maquiavelo dirigió su obra a los políticos o al pueblo, proponiendo una fórmula sintética e historicista que atribuye al *Príncipe* la voluntad de crear una conciencia nacional-popular acorde con los tiempos.

En una coyuntura, en que la práctica histórica creadora y eficaz se presentaba necesariamente orientada al logro del poder absoluto, el enfrentamiento entre la voluntad despótica del príncipe y los intereses populares habría resultado, de hecho, extemporáneo. Maquiavelo, a quien cabe atribuir con Gramsci una lúcida conciencia histórica, partiría, por el contrario, de la coincidencia última entre el proyecto absolutista y los intereses globales del pueblo italiano, conformado básicamente, como categoría política, por las fuerzas burguesas progresistas y antifeudales. De ahí que los propósitos de la obra no puedan escindirse según una anacrónica proyección que enfrente la libertad con el poder, ya que ésta no pasaría de ser utópico sueño de “profetas desarmados” sin la construcción, autó-

noma y absoluta, del Estado nacional.

A la luz de esta reubicación histórica del concepto de conciencia nacional—popular, la educación política de los príncipes civiles, a quienes Maquiavelo relaciona explícitamente con la formación de nuevos Estados, se dirigiría simultáneamente a formar al pueblo en la necesidad de respaldar el proyecto absolutista.

De ahí, según Gramsci, el carácter democrático del *Príncipe*, siempre que se comprenda que “la democracia de Maquiavelo es de un tipo adaptado a su época, es el consenso activo de las masas populares respecto de la monarquía absoluta, en cuanto limitadora y destructora de la anarquía feudal y del poder del papado, en cuanto formadora de grandes Estados territoriales nacionales, función que la monarquía absoluta no podía cumplir sin el apoyo de la burguesía y de un ejército permanente, nacional y centralizado” (4).

En un mismo sentido historicista, ampliando el marco de análisis, cabe enfocar la tan comentada ambigüedad de Maquiavelo ante las alternativas monárquica y republicana. Al respecto, escribía Luigi Russo que es necesario ir más allá del significado formal de los términos, “ya que (para Maquiavelo) monarquía y república no son tanto dos regímenes diversos, sino que la primera es la forma preliminar, prometedora de todo verdadero régimen, y la segunda es el verdadero régimen en acto...” (5).

Desde este punto de vista, el *Príncipe* se situaría en una etapa idealmente anterior a la de los *Discursos*, cuando la nación, como en la Italia del Renacimiento, no ha sido plasmada todavía por la acción creadora de las armas y las leyes, sobre la que descansa esencialmente la posibilidad de la libertad republicana.

A la luz de lo anterior, tanto la opción absolutista como el maquiavelismo de los medios aparecen finalmente en una doble dimensión. Por un lado, como despotismo y manipulación, por otro, como expresión máxima, para su tiempo y contexto, de una conciencia progresista y popular de corte realista. La figura del príncipe ya no refleja sólo el individualismo renacentista ni las indiscutibles exigencias políticas del momento, sino que también se vuelve, como afirmara Gramsci, personificación de una “voluntad colectiva”, “mito” en el sentido soreliano.

Al enfocar el *Príncipe* en su dimensión históricamente necesaria, se abre, así, la posibilidad de relativizar históricamente sus contenidos, diferenciándolos críticamente del legado que ahí se gesta.

Para Gramsci, se trata del legado político revolucionario, enfocado hacia la organización popular, se trata de descubrir, desde el presente, la continuidad histórica entre el príncipe de Maquiavelo, los jacobinos franceses y la hegemonía del partido proletario.

Para nosotros, se trata de intentar llevar la operación gramsciana al ámbito de la revolución teórica de Maquiavelo. Su esfuerzo por interpretar y dirigir las fuerzas históricas permaneció, en efecto, totalmente estéril en la práctica, mas ahí donde el Renacimiento humanista abría nuevos horizontes a la investigación crítica e immanente de la sociedad y del Estado, de la lúcida inserción del *Príncipe* en la realidad de su tiempo, surgió el replanteamiento radical del carácter de la actividad política y de los criterios para su valoración.

Tras casi dos milenios de dependencia doctrinaria de la metafísica y la teología, con Maquiavelo la política pudo finalmente concebirse como práctica histórica autónoma y fundamental, creadora de nuevas realidades, que a su vez se perfilan como criterio último de valoración de los hechos políticos.

La coincidencia de la crítica en este punto —la atribución a Maquiavelo del polémico descubrimiento de la autonomía de la política es, sin embargo, meramente aparente.

Ahí donde no se repite la operación gramsciana, donde no se relativiza históricamente la forma absoluta, despótica y negadora que Maquiavelo atribuye a la autonomía de la política, se cierra, en nuestra opinión, todo camino, en la apreciación del legado teórico del *Príncipe*, a la posibilidad de distinguir entre lo coyuntural y lo teóricamente fundante. Aquella forma, históricamente determinada, es tomada, entonces, como definición concluyente del ámbito de acción y estudio de la política en general.

Así, pese al esfuerzo por desligar el mensaje del *Príncipe* de las circunstancias y exigencias prácticas que lo motivan para extraer de ahí su dimensión teórica, esta última no llega más que a reproducirlas en otro nivel. Es como si la pretensión de elevar las ideas por encima de la historia desembocara inevitablemente en la eternización de los condicionamientos históricos de la teoría y en la imposibilidad crítica para trascenderlos.

El ejemplo más clásico es, en este sentido, la identificación de la revolución científica de Maquiavelo con su neto deslinde de la política respecto de los otros ámbitos del quehacer histórico. En medio del carácter fragmentario de la crítica dedi-

cada al *Príncipe*, no cabe duda de que esta opción ofrece la ventaja de un planteamiento coherente, ligado, además, con un claro intento por rescatar una serie de aportes metodológicos y conceptuales de la obra.

Sin embargo, tras la concepción reduccionista y meramente descriptiva de ciencia que respalda esta clásica interpretación, se revela una comprensión básica del carácter de los procesos históricos y del significado de una revolución teórica.

A ésta difícilmente puede atribuírsele otra función que no sea la de abrir caminos nuevos, de constituirse en fundamento siempre susceptible de readecuación y cuestionamiento, siempre moldeado sobre el proceso cambiante de la historia, nunca dispuesto a detenerse dogmáticamente en unos u otros de los contenidos en que toma cuerpo.

La versión que atribuye a Maquiavelo el haber definido de una vez por todas el ámbito de la mecánica política no concibe, en cambio, su revolución como un proceso. Por el contrario, la considera acabada y agotada en el acto de nacer, como si la respuesta del *Príncipe* a una coyuntura que exigía la radical prioridad de la acción político-estatal por encima de cualquier otra determinación histórica pudiera eternizarse, para definir científicamente el ámbito invariable de la acción política.

De acuerdo con ello, el realismo del *Príncipe* no sobrepasa el ámbito de los medios que, a su vez eternizados como los únicos aptos para la dinámica política, abandonan toda relación orgánica con el fin, por definición meramente exterior e históricamente indiferente. Así, el realismo de Maquiavelo se despolitiza intrínsecamente, para buscar sustento en una concepción hipostasiada de la naturaleza humana, criterio último de justificación y valoración del fenómeno político.

Pero, además, la negativa a historizar y politizar al *Príncipe* lleva a menudo a confundir sus aportes metodológicos y conceptuales, que la interpretación científicista pretende sin duda rescatar, con el conjunto de prejuicios y ataduras ideológicas, en medio de los cuales aquellos se gestan.

Así, se hace difícil valorar los rigurosos análisis del fenómeno del poder y su dinámica interna, al igual que la introducción de un criterio práctico para la valoración de los procesos políticos. El rigor metodológico, a menudo, es visto como consecuencia del lúcido reconocimiento por parte de Maquiavelo de la mezquindad de la naturaleza humana, consideración que sin duda aparece en el *Príncipe*, sin que por ello no pueda ser críticamente

ubicada al margen de sus aportes específicamente teóricos.

El aporte metodológico se confunde, así, con la resignación y el cinismo, efecto del realismo cosificado, mientras que el criterio práctico de la eficiencia —en el cual bien podría verse un primer reconocimiento del carácter inmanente y creador de la praxis histórica— degenera en pragmatismo immoralista.

La clara ubicación del *Príncipe* en la realidad de su tiempo, el reconocimiento de su arraigo histórico y hondo compromiso político permiten, por el contrario, rescatar sus aportes metodológicos y conceptuales, críticamente desligados de aquellos vínculos ideológicos y culturales que constituyen su aspecto más contingente e históricamente más limitado.

Mas, sobre todo, el enfoque historicista abre la posibilidad de vislumbrar, en la afirmación de la autonomía de la política, lo que se constituye en polémico fundamento de una nueva visión de su práctica e institucionalidad. El aislamiento y la contraposición, en que Maquiavelo ubica la esfera de lo político, no son parte integrante de ese fundamento, sino tan sólo su expresión inicial y coyuntural.

Sin ésta, sin el corte abrupto y dramático que permite, sobre la base de las circunstancias históricas concretas, la liberación violenta de la teoría de la política, el polémico replanteamiento de su carácter autónomo no sería fácilmente concebible, mas ello no significa la identidad del legado teórico de Maquiavelo con el carácter absoluto y excluyente que éste atribuye a la autonomía de la política.

Una vez despejada de los rasgos anteriores, la autonomía de la política, proclamada por Maquiavelo, puede perfilarse finalmente como fundamento abierto de una revolución teórica, cuya asimilación y evaluación históricas se hallan todavía en curso.

En este sentido teóricamente fundante, la autonomía de la política se presenta, más bien, como afirmación renovadora de la dimensión plenamente creativa y plenamente humana de la política misma, ya no concebida como actividad heterónoma, sino como práctica históricamente creadora.

Así entendida, en su dimensión abierta y susceptible de redefinirse dialécticamente en los más variados marcos históricos y de poder, la autonomía de la política implícitamente teorizada en el *Príncipe* plantea, además, la posibilidad de una nueva conceptualización de las relaciones entre política e historia.

Efectivamente, al resaltarse su carácter de práctica histórica fundamental y al relativizarse su dimensión absoluta y excluyente, el ámbito de la política entra en una relación variable con el conjunto del quehacer histórico. Su capacidad creadora y plenamente terrenal es lo que permanece, mas la dialéctica específica de la práctica política con las demás prácticas históricas se abre a una redefinición y readecuación virtualmente inagotables.

La anterior interpretación encuentra apoyo en el mismo *Príncipe*, donde en la fórmula todavía renacentista de la armonía entre fortuna y virtud bien puede vislumbrarse una primera afirmación de la dialéctica entre política e historia, entre libertad y determinismo.

En el célebre capítulo XXV, donde Maquiavelo analiza la incidencia de la fortuna en los asuntos humanos, no hallamos, efectivamente, tan sólo el reconocimiento de que éstos son gobernados en partes iguales por el azar y la virtud, sino también una recomendación fundamental para que los hombres empleen su virtud política en adecuar sus actos a la "calidad de los tiempos".

Con ello, el reconocimiento inicial queda sustancialmente modificado: si la fortuna es el elemento imponderable y determinante, la virtud humana tiene, sin embargo, la posibilidad de comprender la dirección tomada por la circunstancia y de insertarse en ella con eficacia.

El poder de la fortuna es incuestionable, pero la forma en que los hombres lo enfrentan incide sobre ese mismo poder, magnificándolo o convirtiéndolo en un potencial aliado gracias a la adopción de una práctica transformadora e inteligente.

NOTAS

- (1) Maquiavelo, *Il principe*, Ed. Casini, Roma 1966, cap. XXVI.
- (2) Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires 1984, pág. 52.
- (3) Maquiavelo, *op. cit.*, cap. XV, pág. 170.
- (4) Antonio Gramsci, *op. cit.*, pág. 142.
- (5) Luigi Russo, *Macchiavelli*, Roma, Tumminelli 1949.

BIBLIOGRAFIA

- Autores varios, *Pensamiento político italiano*, Asociación Cultural "Dante Alighieri", San José 1987.
- Formoso Manuel, *Las ideas políticas*, Ed. Porvenir, San José 1985.
- Giner Salvador, *Historia del pensamiento social*, Ariel Sociología, Barcelona 1982.
- Gramsci Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires 1984.
- Macchiavelli Niccoló, *Teatro e prose*, Casini Editore, Roma 1966.
- Romano y Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno*, Ed. Siglo XXI, México 1977.
- Russo Luigi, *Macchiavelli*, Roma, Tumminelli 1949.
- Sabine George, *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México 1976.
- Skinner Quentin, *Maquiavelo*, Alianza Editorial, Madrid 1984.

Giovanna Giglioli G.
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica.